

Novela La locura y la soledad nutren esta obra sobre una pareja

Curar, aliviar, sanar: mejor olvidar

Sònia Hernández
a mujer
le Rapallo

LFABIA
159 PÁGINAS
9 EUROS

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

La escritura no es terapéutica: no cura, no salva, a veces ni siquiera alivia. Los que necesitan escribir lo hacen de forma compulsiva: escriben porque no tienen más remedio que hacerlo, y nada indica que al poner el punto y final se sientan mejor que antes de la primera letra. Es una opción vital irremediable, una pulsión a la que sucumbe la protagonista de *La mujer de Rapallo*, la primera novela de Sònia Hernández (Terrassa, 1976), autora cuyo nombre va unido al de su reciente elección por la revista *Granta* como una de las 22 mejores voces jóvenes en lengua castellana. Y es bueno que sea así, porque de lo contrario tal vez no se prestara suficiente atención a un libro en el que vale la pena detenerse y en el que se reconoce el mismo verbo que ya sorprendía en la recopilación de cuentos *Los enfermos erróneos*. Una voz fresca en su búsqueda de salidas a situaciones que no la tienen, de salvación para los que ya están definitivamente hundidos, ovillos cuyos hilos se resisten a ser juntados.

Rapallo es un nombre evocador; es así como se suelen definir lugares que quedan anclados a la memoria por circunstancias que los hicieron únicos, da lo mismo para qué. En Rapallo se firmó un célebre tratado entre Alemania y la URSS, primer escalón en la antecámara del mal, pero eso es igual. En Rapallo el mar ligur brilla y la costa italiana se extiende en plenitud. Eso sí importa. Así lo vieron un grupo de intelectuales que allí se asentaron, capitaneados por Ezra Pound, el poeta que vitoreó a Mussolini y escribió unos *Cantos* colosales para acabar refugiándose en la locura. Con él llegaron otros cazadores de la belleza, aspirantes a la totalidad que acabaron en su mayoría quebrados porque el talento se otorga caprichosamente y no



Sònia Hernández en la plaza de Ocata el pasado noviembre

PEDRO MADUEÑO

siempre a quién lo quiere ni tampoco a quien más lo necesita.

Es Rapallo el nombre que llena la vida de la protagonista sin darle sentido. En Rapallo habita el pasado de su hombre, un médico ya retirado, mayor que ella, un mundo del que está excluida. En las primeras páginas, ella advierte del objetivo de su escritura: investigar sobre la violencia, su objeto, su naturaleza, su fin. Y ello a través de su pareja, a la que decide dar por nombre Paolo Monzoni para no desvelar su verdadera identidad. Una inves-

Rapallo es el nombre que llena la vida de la protagonista sin darle sentido; allí está el pasado de su hombre

tigación que se nos anuncia baldía, porque no está destinada a regenerar: sólo consigna. De sus palabras discurrimos a un ser hiriente e indefenso, encerrado en un pasado que vuelve a la vida cada tarde, cuando recibe una llamada telefónica en el transcurso de la cual el nombre de la ciudad inalcanzable se repite una y otra vez.

Pero sucede que el cuaderno llega a manos de Monzoni, quien de-

cide consignar, él también, su propia versión de la claustrofobia en que se han convertido sus vidas, solo rota por las visitas de Azucena, la asistenta. Él también decide dar un nombre a su pareja: Flavia. Y así, se suceden las palabras, sordas, ignorándose mutuamente, aunque saben que el otro también las ha leído, cada uno recluso en su victimario particular. Y es en ese momento cuando ocurre algo inesperado: Paolo Monzoni lee un artículo en un diario sobre un excombatiente que muere en un sanatorio ruso tras sucumbir no a la locura, sino a la incomunicación: se expresaba en húngaro, y durante decenios nadie le había entendido. Algún resorte salta en el interior de Monzoni, quien decide contratar a Gonzalo, el hijo de la hermana de Flavia, para que haga el viaje que él ya no puede hacer: ir a Rapallo e investigar sobre un antiguo amigo suyo.

La relación de Monzoni y su amigo, los secretos que el joven Gonzalo descubrirá en la ciudad y su vuelta precipitada arrastran al lector a un final desasosegante. Las piezas encajan, es sólo la vida la que no tiene remedio. Ya dijimos que escribir no es terapéutico, pero tal vez leer sí lo sea. Al menos, en este caso. |